

PRÓLOGO

El camino a Córdoba

Escuché hablar por primera vez de la ciudad de Córdoba con siete años, en la película más célebre de David Lean, *Lawrence de Arabia*. En una memorable escena, el caudillo árabe, el príncipe Feisal —formidablemente interpretado por Alec Guinness—, rememora junto a su consejero militar británico, T. E. Lawrence, el esplendor que una vez alcanzó Córdoba. «¿Sabe, teniente?», dice, «en la ciudad árabe de Córdoba había dos millas de alumbrado público cuando Londres era tan solo una aldea». «Sí, erais grandes», corrobora Lawrence. A lo que Feisal añade lacónico: «Hace de eso nueve siglos».

Muchísimo tiempo ha transcurrido desde que alguien pensara en la Andalucía islámica en general —por no hablar de Córdoba, en particular— como un foro de encuentro entre las grandes mentes y las grandes religiones. El destino me llevó de vuelta a Córdoba, esta vez de verdad, cuarenta años más tarde, para pasar unos días de mi luna de miel con mi segunda esposa descubriendo la Mezquita-Catedral, Medina Azahara y la Casa de Sefarad. Mi interés por la filosofía, el diálogo intercultural y la historia de Andalucía me hizo profundizar e investigar acerca de las influencias de los dos prohombres de la historia

intelectual de la civilización moderna: el musulmán Averroes y el judío Maimónides. Ambos no vacilaron en desafiar la opinión dominante en el seno de sus propias comunidades religiosas y aspiraron a construir una sociedad que valorase la libertad religiosa y los debates filosóficos abiertos. Aquí radica la importancia de lo que puede llamarse el «Paradigma de Córdoba», como un modelo social universalmente aceptado, como una experiencia intercultural y una esfera pública donde los judíos, los cristianos y los musulmanes de Europa se las ingeniaron para vivir, trabajar y aprender juntos, promoviendo una permanente cultura de la tolerancia. Lo que pretendía con este paradigma era presentar a Córdoba como un foro cívico vivo y compartido, en el que europeos de diferentes comunidades religiosas pudieron coexistir independientemente de sus orígenes étnicos o religiosos. En este sentido, el paradigma de Córdoba representa un modelo exitoso de reconciliación asociativa que puede contribuir a aconsejar y, sobre todo, a fomentar el aprendizaje transcultural. La lección es clara para la España y la Europa de hoy. A través del paradigma de Córdoba, los europeos en general y los ciudadanos de España en particular han redescubierto una experiencia única de convivencia social y una empatía cultural que es parte de su patrimonio intelectual y político. Surge entonces la pregunta: ¿la Europa del siglo XXI, que es sin duda diversa, puede superar sus prejuicios e intolerancias y regresar a Córdoba? Y a renglón seguido, otra cuestión aún más crucial: ¿la ciudad de Córdoba puede volver a ser el centro europeo del diálogo transcultural y la cooperación interreligiosa?

La participación de Córdoba en la competición de las ciudades españolas candidatas a «Capital Europea de la Cultura» en 2016 fue una gran oportunidad para poner de relieve un espacio de diversidad cultural, no pese a las diferencias y divergencias, sino gracias a ellas. Algunas personas, a quienes había conocido durante una conferencia con Goytisolo en Córdoba, me invitaron a acompañar a la delegación de esta ciudad en la fase final del certamen, que tuvo lugar en Madrid en junio de

2011. Siendo el único no español de la delegación, la primera sensación que tuve era la de no estar en mi lugar, como un extraño; pero la cálida bienvenida y la gran hospitalidad de la delegación cordobesa me dieron el coraje necesario para sentirme como un ciudadano más, de pleno derecho, de Córdoba. Expresé mi apoyo en los siguientes términos: «Lo que hace a Córdoba tan especial es el hecho de ser una ciudad que pertenece a todos porque no pertenece a nadie. Córdoba es la ciudad de todas las creencias y todas las culturas. Una ciudad con el compromiso de un espíritu de diálogo intercultural que da forma a su textura específica... Hay muchas culturas europeas pero solo una Europa, y Europa es una idea intercultural. Si la diversidad europea ha de sobrevivir, lo hará de un modo pacífico e intercultural. Europa es bella siempre y cuando vaya de la mano del paradigma de Córdoba». Todos salimos de la sala del jurado convencidos de que Córdoba sería proclamada al día siguiente como Capital Europea de la Cultura en 2016. Mis conciudadanos cordobeses tenían sonrisas en sus rostros y se felicitaban mutuamente. Pero al día siguiente, cuando acudimos al Ministerio de Cultura español y el presidente del jurado propuso San Sebastián como ciudad ganadora, las sonrisas se tornaron lágrimas. Córdoba perdió un concurso en el Ministerio de Cultura español, pero pasará a la historia como una gran ciudad, cuya imagen permanece viva en la memoria colectiva. Cuando miro a Córdoba es como si caminara con los pasos de gigantes como Averroes, Maimónides y muchos otros que han contribuido al conocimiento universal de la humanidad.

El humanismo no tiene futuro en Europa, salvo en Córdoba.

RAMIN JAHANBEGLOO